

# **Construyendo memoria colectiva: recopilación coral de testimonios sobre la cuestión Malvinas**

Florencia Páez<sup>1</sup>

Patricio Porta<sup>2</sup>

## **Resumen**

Nuestro ensayo se compone de una selección de testimonios que permiten juntar las piezas del rompecabezas de la cuestión Malvinas para intentar construir una sociedad más democrática, justa y capaz de resarcir las deudas que tiene el Estado argentino hacia su ciudadanía. Este trabajo plantea una búsqueda alternativa a las líneas exploradas en relación a Malvinas, donde predomina una visión belicista como suceso hegemónico suspendido en el tiempo y una -entendible pero no única- mirada dolorosa sobre 1982. Hemos indagado en relatos, vivencias, testimonios, recuerdos, anécdotas poco explorados que nos permiten abordar nuevos interrogantes para acercarnos a Malvinas: ¿cómo son hoy los sobrevivientes de la guerra?, ¿qué recuerdos han prevalecido en sus relatos?, ¿cuáles son las historias de sus familias?, ¿cómo se han vinculado con las islas durante estos casi 40 años?, ¿cómo ven el presente y futuro de la Causa Malvinas?

Hacernos estas preguntas es una forma de entender más nuestra identidad como país, aspiraciones, deseos, formas de hacer duelo que nos ayudan a pensarnos como comunidad y a contar con nuevos datos para develar lo que se esconde detrás de ese manto de neblina.

---

<sup>1</sup> Universidad de Buenos Aires - Facultad de Ciencias Sociales. - [florenciaayelenpaez@gmail.com](mailto:florenciaayelenpaez@gmail.com)

<sup>2</sup> Universidad de Buenos Aires - Facultad de Ciencias Sociales. - [patoporta@gmail.com](mailto:patoporta@gmail.com)

## **Construyendo memoria colectiva: recopilación coral de testimonios sobre la cuestión Malvinas**

El corazón de la causa Malvinas -así, sin comillas- es el reclamo de soberanía de la República Argentina sobre las Islas Malvinas y su mar adyacente, que desde 1833, año en que se consumó la ocupación británica, constituye un asunto pendiente para nuestro país. Para las generaciones posteriores a 1982 no ha sido fácil abordar el tema Malvinas, anquilosado en las tragedias de la guerra y en una pérdida que se muestra irreparable. ¿Por qué, pese a los esfuerzos de distintos actores – desde el Estado nacional hasta los expertos que se ocupan del tema y las organizaciones de veteranos y excombatientes – la cuestión Malvinas ha quedado amarrada a la experiencia bélica de 1982? ¿Es posible sustraer el tono bélico a la causa Malvinas?

Sabemos que la historia entre el continente y las islas es más que su despojo a manos británicas. El propósito de este ensayo es rastrear los periodos de diálogo directo en ambas direcciones, los momentos de encuentro y presencia argentina en Malvinas. Con una frecuencia abrumadora se suele pensar en Malvinas a partir de una ausencia en vez de concebirse en términos de presencia. Habitamos una región que siempre ha mantenido un intercambio con las islas, e incluso las de isleños, porque la guerra también fue una experiencia compartida, y parece una evidencia difícil de aceptar entre los argentinos.

A la denuncia de “desmalvinización” que profiere el nacionalismo argentino y los círculos pro belicistas de veteranos, respondemos con la propuesta de “remalvinización”, es decir, aprovechar el poder simbólico y la capacidad de interpelación que suscitan las Malvinas para alumbrar aspectos menos conocidos, alejados del uso para maniqueísmos políticos y hasta sectarios. Pero la “remalvinización” es también una respuesta a aquellos sectores de cierto progresismo que ata las discusiones sobre Malvinas a la guerra y, por sucesión lógica, a una decisión de la dictadura militar. Al precio de la simplificación, esta postura no solo deshistoriza la experiencia bélica sino que confinan a un virtual silencio a sus protagonistas que ha sido de vital importancia para posibilitar y revitalizar el vínculo entre los argentinos y las islas. En tal caso, los alcances de la “remalvinización” dependerá de las discusiones que esté dispuesta a habilitar nuestra sociedad.

Pero las distintas posiciones respecto a Malvinas nos hablan de algo más: si el conflicto por la soberanía de las Islas Malvinas ha terminado por conformar un punto

destacado dentro de la identidad nacional es porque ha existido un largo y sostenido intercambio entre las islas y el continente, al menos hasta 1982, aunque también posteriormente. Pero principalmente porque Malvinas ha logrado cristalizar los deseos, aspiraciones y reivindicaciones de distintas corrientes de pensamiento político y de expresiones culturales.

Los Acuerdos de Comunicaciones de los años 70 nos permiten conocer una experiencia que de alguna manera debería replicarse o, al menos, observarse con mayor atención. El intercambio entre las islas y el continente se incrementó a todos los niveles, el Estado argentino fue proveedor de alimentos, transporte aéreo, combustible, educación y salud a los isleños, e incluso se hablaba de “traspaso de soberanía”. Estos acuerdos permitieron que maestras argentinas se mudaran temporalmente a las islas para enseñar castellano; si bien cundía el escepticismo entre los locales, había un consenso en relación con los beneficios reportados por este puente aéreo que rompía el aislamiento geográfico marítimo.

La ocupación británica de 1833 nunca logró quebrar los lazos comunes ni borrar la presencia criolla del archipiélago, ya fuera a través de la toponimia (luego traducida al inglés), las expresiones idiomáticas aún en uso que provienen del castellano y las costumbres heredadas de los gauchos que poblaron los primeros asentamientos encargados por el gobierno de las Provincias Unidas. Tampoco quebraron los vínculos humanos, sobre todo por la migración desde las islas británicas a la Patagonia y al archipiélago. Matrimonios, primos hermanos, tíos lejanos, hijos a ambos lados del Atlántico Sur. Si se abre el plano, comprobaremos que el vínculo incluye a Uruguay —entre los gauchos que vivieron en las islas en el siglo XIX había originarios de la Banda Oriental— y Chile —los ciudadanos de este país que residen en Malvinas están moldeando su demografía actual—.

Las islas forman parte de una misma región. Por ende, quien pretenda ignorar una cultura compartida, compuesta de intercambios humanos, lingüísticos y los propios de la historia, comete un error. El estrago de 1982 enfrió ese intercambio y modificó la receptividad de los isleños hacia “lo argentino”. Sin embargo, a pesar de la cerrazón de los británicos y malvinenses y de las señales confusas de los gobiernos democráticos de Argentina, los encuentros post bélicos prosiguieron.

La potencia de la propuesta de “remalvinización” radica en la memoria, pero no se trata de una nostálgica, sino de una colectiva. Pero una memoria colectiva siempre es un campo de lucha por determinar cuáles serán los símbolos y representaciones dentro de un colectivo social compartido (Ansaldi, 2012). Son escasos los discursos circulantes respecto a

Malvinas que privilegian los imaginarios y expresiones simbólicas – los cuales constituyen identidades —, un campo tan rico como poco explorado. Pero si como postula la corriente anti desmalvinizadora, la derrota de 1982 se presentó como resultado de la “guerra de la dictadura”, en una especie de construcción discursiva cuyo núcleo duro deshistoriza el conflicto y desconoce 150 años de reclamos oficiales dirigidos al gobierno del Reino Unido (Cangiano, 2017), entonces sería difícil de comprender por qué se ha bautizado bajo el nombre de Malvinas a plazas, edificios, colegios, aeropuertos, estadios, barrios y localidades de todo el país. O por qué, pese al signo ideológico de los sucesivos gobiernos democráticos de 1983 a esta parte, la República Argentina ha expresado insistentemente sus argumentos jurídicos-legales en foros multilaterales para desnudar una situación anacrónica de colonialismo en el Atlántico Sur.

Desmalvinizar, en tal caso, no viene de la derrota, sino de nuestra imposibilidad de hacer lugar para los relatos de los sobrevivientes de la guerra. Entonces, proclamarse malvinero o partidario de esta causa particular implica necesariamente entender que es necesario recuperar esos relatos. Con todo, es innegable que existen posiciones contrarias a aquellas del revisionismo histórico y del nacionalismo, en su mayoría académicas y en círculos pretendidamente progresistas, que tienden a caracterizar a Malvinas como una suerte de causa perdida para Argentina, con un discurso que raya el derrotismo o elige como adversario de sus discusiones a los sectores más nacionalistas de la sociedad. Incluso un grupo de intelectuales y políticos llegó a defender el derecho de autodeterminación de los isleños, sin importar siquiera que se trata de una opción legalmente inviable de acuerdo al derecho internacional.

Entendemos que, paradójicamente, tanto la postura anti “desmalvinizadora” como la de los críticos de la causa Malvinas tienen su punto de partida en la amputación territorial, el despojo, la incompletitud, la humillación y sus traumas acarreados para una identidad nacional en crisis. Los términos siempre son pesimistas o negativos. En cambio, rara vez el abordaje se da desde la afirmación positiva: la reivindicación, el interés sincero, el ánimo de comprender el asunto y sopesar soluciones o, simplemente, la curiosidad.

Resulta entonces difícil de contemplar la eficacia de aquellas lecturas que restan importancia al impacto popular la causa Malvinas, tachándola de artificial (Palermo, 2007) e impuesta “desde arriba”, como si la disputa territorial hubiese emergido misteriosamente hasta impregnar en el imaginario social de los argentinos.

La aparente falta de profundización del debate en torno a Malvinas, o su estancamiento en lo acontecido en 1982, puede aducirse a la escasa discusión propuesta por

las instituciones del Estado o los medios de comunicación, pero al tratarse de un tema presente en la memoria popular puede sortear los mecanismos oficiales para mantenerlo, acaso, como un asunto “pendiente”. Es que el conflicto o la disputa por la soberanía de las Malvinas desbordó las intenciones de los gobiernos militares y desborda las intenciones de los gobiernos civiles, al Estado mismo y se produjo a lo largo de las décadas situaciones de cooperación y diálogo entre las partes (argentinos, británicos y malvinenses) que produjeron resultados concretos.

El dato más interesante, que confirma la idea de que entre ambos territorios tenemos puntos culturales en común, es el sostenido uso del *chei* (*che*) en el tiempo, que se emplea de la misma forma que en Argentina continental: “‘¡Hello, *chei!*’(¡Hola, *che!*), ‘¡Cheers, *chei!*’(¡Salud, *che!*)”. Nos interesa pensar este encuentro lingüístico desde la perspectiva comunicacional de Washington Uranga, que considera a la comunicación como un escenario de prácticas sociales donde se resuelven conflictos, se construyen identidades (individuales y colectivas), se generan disputas y tensiones por sobre la manera de entender al mundo y a nosotros mismos. Es el ámbito donde vamos edificando y atribuyéndole significados a lo que nos rodea (Uranga, 2012). En este sentido podemos afirmar entonces, que ese contacto entre colonos y gauchos dio lugar a una negociación en el campo lingüístico entre estas dos poblaciones. Negociación siendo un concepto que engloba una dimensión de poder (como todo establecimiento de un nuevo lugar simbólico implica).

Por este motivo podemos plantear que no existe una esencia malvinense posible en la actualidad que no haya incorporado una serie de prácticas culturales y sociales de los gauchos —introducidas mediante el lenguaje y demás formas de contacto simbólico y/o físico entre los territorios—. Es sugerente llevar el concepto un paso más allá afirmando esta idea de que entre Malvinas y el continente no sólo hay representaciones culturales en común, sino que la identidad malvinense está necesariamente vinculada con la Argentina.

Desde que los colonos se instalaron en la tierra, han estado definiendo quiénes son ellos a partir del vínculo con los argentinos. Ya sea mediante el trabajo de la tierra y el aprendizaje de los oficios que heredaron de los gauchos, gracias a la incorporación y apropiación del castellano rioplatense e incluso, en su férrea oposición a integrar el colectivo de lo que esa categoría de “argentinos” les representa en su imaginario: “sin embargo, es indudable que el conflicto de soberanía con la Argentina los define desde siempre, porque expone aquello que rechazan, aquello que no quieren ser, desde el principio de sus tiempos” (Niebieskikwiat, 2014, p.20).

Nuestra hipótesis tentativa es que, a pesar de la llamativa resistencia que presentan los habitantes de este territorio a reconocer siquiera que entienden algo de este idioma, el castellano seguirá siendo primordial en la configuración del lenguaje que emplean. Esto se debe no sólo a su historia pasada que los liga a él, sino también al presente que transitan. La segunda minoría poblacional en Malvinas ha provenido por más de una década de Chile (Cambios demográficos después de la guerra. La colonia de inmigrantes chilenos se hace un lugar en las Malvinas, 2009): *“el 6% de la inmigración viene de Chile, por lo que el castellano es el segundo idioma”* (Aizen, 2018): “Antes, en las Malvinas se oían palabras como “alazán”, “alpargatas/aprepatos”, “bolas”, “bicho”, “blanco”, “bombachos”, “camp”, “bombilla”, “carjero”, “corral”, “gaucho”, “lasso”, “malacara”, “mocho”, “mate”, “pasear”, “poncho”, “separator”, “tropilla”, entre un extenso glosario. En la actualidad ya pueden escucharse palabras importadas de Punta Arenas y Santiago como “al tiro”, “gallo” o “cachai” (Niebieskikwiat: 2014, p.133).

Consideramos que una mirada desde las Ciencias Sociales, y más específicamente una mirada comunicacional, nos permite destrabar esa clausura que no sólo abarca al significante Malvinas, sino que ha impregnado en la forma en que nos relacionamos con las islas. No todo es enfrentamiento, imposibilidad de diálogo y caso cerrado en lo que refiere a la disputa con Reino Unido. O, al menos, no siempre ha sido así. Por sobre los reclamos territoriales subyace un intercambio y una disputa por significados, saberes, relatos y cosmovisiones, que adopta la forma de una batalla simbólica antes que física y que se inscribe en un juego de poder. Y este es un enfoque propio de la Comunicación.

Y entonces, ¿cómo salir de ese empantanamiento? Viendo en la mirada comunicacional “la capacidad de reconocer en las instituciones y en la sociedad en general, lo que significan el intercambio y la negociación de significados, de saberes y de puntos de vista, la interacción y el interaprendizaje, las tácticas de la palabra y el juego del diálogo, la interlocución y la escucha” (Prieto Castillo, 2004, p.2). La causa Malvinas se resignifica conforme el tiempo transcurre, del mismo modo en que las sociedades cambian.

Pero vamos con los registros que muestran esto que acabamos de describir. A comienzos de la década de 1970, las conversaciones entre Argentina y Reino Unido derivaron en los llamados Acuerdos de Comunicaciones. La Declaración Conjunta del 1 de julio de 1971 contemplaba una serie de aspectos novedosos: el Estado argentino entregaría a los residentes de las islas un documento para su libre desplazamiento en territorio continental y se comprometía a establecer un servicio aéreo semanal destinado a pasajeros, productos y correspondencia. Era un comienzo auspicioso al que se había arribado tras una serie de

encuentros reservados entre funcionarios argentinos y una delegación de isleños en la sede de la Cancillería, en Buenos Aires. A poco menos de un año, el 2 de mayo de 1972, las partes dieron un paso más con la firma de un acuerdo por el cual Argentina levantaría un aeródromo en Malvinas con mano de obra llevada desde el continente, pero con participación isleña. Este intercambio, inédito, que venía a salvar los problemas logísticos del archipiélago – por su carácter insular, por supuesto, aunque principalmente por el bajo nivel de desarrollo local y la distancia con Londres – incluyó la apertura de una oficina de Líneas Aéreas del Estado (LADE) y la instalación de una planta de Yacimientos Petrolíferos Fiscales (YPF) en Stanley.

Era la presencia del Estado, en este caso el argentino, proveedor de bienes y servicios a los habitantes de un territorio insular. Existen miradas nostálgicas que ven en los Acuerdos de Comunicaciones una suerte de edad de oro en los intentos de Argentina por recuperar la soberanía sobre Malvinas. Una oportunidad que la guerra de 1982 sepultó. Pero esta iniciativa del Estado argentino abrió la puerta a otras experiencias posteriores que vamos a ver más adelante.

El puente aéreo materializado por los Acuerdos de Comunicaciones era simbólico en todas sus proyecciones. Hubo isleños que nacieron en hospitales de Comodoro Rivadavia, Río Gallegos o Buenos Aires. Otros que estudiaron en universidades argentinas. Jóvenes malvinenses fueron becados para estudiar en secundarios argentinos. Se contemplaba que fueran establecimientos bilingües y se desplegó una red que tenía una de sus claves en la comunidad británica asentada en el país.

Una de las apuestas más interesantes de los Acuerdos fue el envío de maestras, entre julio de 1974 y marzo de 1982, para enseñar castellano a los malvinenses. María Fernanda Cañas fue una de ellas. Viajó en 1974 junto a su hermana María Teresa, convocadas por el gobierno del entonces presidente Juan Domingo Perón: “El gobierno de las islas quería profesoras de español. Tengo entendido que primero fueron a buscarlas a Uruguay y después terminaron en Argentina. Los Acuerdos de Comunicaciones abrían un contacto con el continente (...) y consideraban que el idioma era necesario...Nos preguntó (el Superintendente de Educación de las islas): '¿ustedes vienen con el hacha y el serrucho?'. El gobierno de las islas nos proveía de turba como combustible, que venía en bloques grandes, pero para ponerla en la cocina o en las estufas tenés que cortarlos. Para eso necesitábamos el hacha. Cuando vos querías la carne, dejabas un cartel en la tranquerita de tu casa donde le decías al carnicero si querías el cuarto delantero o el cuarto trasero. Y él te dejaba el cuarto en una fiamblera que tenías afuera. Después tenías que trozarlo. Ahí el serrucho. Nos miró

un poquito desafiante. Nosotras con cara de póker le respondimos: 'bueno, si es necesario, ¿por qué no?'. Resultó que era necesario”.

De a poco fueron forjando un vínculo con los locales. “En ese momento, el isleño era un habitante insular. Estaban acostumbrados a encerrarse. Tenían un nivel de desarrollo muy bajo, estaban abandonados y no había manera de que pudieran salir de las islas. Si querían ir a Inglaterra, no podían estar más de tres meses, iban como turistas. Tenían el futuro muy bloqueado (...) Con el paso del tiempo se fueron abriendo, intercambiamos recetas de cocina. No eran lo mismo que los británicos, que tenían cara seria y hasta se cruzaban de vereda cuando ibas caminando. Una vez tiraron unos huevos a la oficina de LADE”.

Trabajos como el de María del Carmen Malbrán (2014), en base a los testimonios anónimos de argentinos residentes en Stanley, isleños y británicos obtenidos en julio de 1974, evidencian que el supuesto sentimiento “antiargentino” generalizado en Malvinas es cuestionable. Según la autora, “las personas abiertamente antiargentinas constituían una minoría. En general los pobladores y los residentes británicos temporarios se mostraban cordiales, hospitalarios y generosos con los argentinos”, en coincidencia con las palabras de Cañás.

Marta Graciela Tricotti, una de las dos maestras que dio clases de castellano desde septiembre de 1977 hasta diciembre de 1978, recuerda así la convivencia con los isleños: “Fue un poco difícil. Nosotras tratábamos de hacer todo un trabajo diplomático, éramos jóvenes y evidentemente no queríamos estar en contra de ellos. Teníamos la ventaja además de saber inglés. No tenían nada en contra nuestro, pero en general nos miraban con recelo, como que queríamos sacarles las islas. Más que nada tenían miedo porque no sabían en qué iba a terminar esta negociación. Pero por otro lado usaban todo lo que el gobierno argentino les daba: los hospitales de Comodoro si había alguna operación, las escuelas argentinas para venir a estudiar acá. Todos los jueves llegaban frutas y verduras en un vuelo de LADE”.

Consideramos que la manera de producir conocimiento (o al menos intentarlo), y de acrecentar el saber sobre Malvinas, implica necesariamente poner en ejercicio miradas que rompan el pensamiento circular acerca de ella. Romper el eje hegemónico Malvinas guerra como única asociación posible requiere traspasar la barrera que nos hemos impuesto a la hora de pensar este territorio y nuestra relación con él. No se trata de renegar sobre una manera de investigar en particular, sino de proponer una nueva forma de pensar categorías, vínculos e historias.

En marzo de 2020 Daniel Filmus, a cargo de la secretaría de Malvinas, Antártida y Atlántico Sur, volvió a ofrecer la colaboración argentina, en momentos en que irrumpía la

pandemia de Covid-19 en todo el mundo. Una vez más, Argentina ponía a disposición sus instalaciones hospitalarias para atender a quienes las requiriese, así como aseguraba el envío de alimentos frescos e insumos médicos (como tests para detectar el coronavirus) (Argentina ofrece su ayuda a los habitantes de Malvinas, 23 de marzo de 2020). El ofrecimiento fue dirigido al embajador británico en Buenos Aires, Mark Kent, quien agradeció la predisposición, aunque Londres no emitió una respuesta oficial.

En 2015, Filmus había lanzado un programa de becas para que residentes de las islas pudieran realizar sus estudios de grado en universidades argentinas. En aquel momento, representó un gesto de acercamiento, que distaba de una estrategia cabal de integración efectiva entre Malvinas y el continente (Dinatale, 2015). Pero era algo bastante significativo.. La llamada beca Thomas Bridges, en alusión al inglés que fundó misiones anglicanas en Tierra del Fuego a finales del siglo XIX y vivió en las islas, recordó el espíritu de los acuerdos de los 70.

Cuando hablamos de experiencias que perduran, incluso después de la guerra, la mejor síntesis la da la joven isleña Kyrsteen Ormond, quien vivió en Argentina durante 15 meses como estudiante de intercambio en la Universidad Nacional de Córdoba. El periodista Mario Markic la entrevistó para su ciclo televisivo “En el camino” y los espectadores solo conocemos por su testimonio que tiene amigos en el continente y que los extraña. No sabemos qué llevó a Ormond a estudiar en Córdoba, cómo impactó esa decisión en su familia y en la comunidad isleña y cuál fue su impresión de la Argentina. Sí podemos inferir que es parte de una generación nacida tras el conflicto, cuya vida en Malvinas dista de la que conocieron sus mayores antes del desembarco argentino de 1982. Pero cuando Markic le pregunta sobre las diferencias con sus amigos argentinos respecto al estatus de las islas, Ormond responde de un modo sensato y franco: “Ellos tienen su opinión sobre la guerra, sobre las islas, sobre el futuro, y yo tengo la mía. Siempre con los amigos hay diferencias de opinión. Eso no significa que no podamos ser amigos”.

Otro ejemplo, derivado de la guerra, pero que continuó hasta forjar un lazo bastante significativo: la historia de Miguel Savage, un excombatiente que sobre el final de la guerra recibió la orden de ir a patrullar una estancia para averiguar si los locales utilizaban la radio con el fin de informarles a los británicos sus ubicaciones. El terreno estaba minado y los alrededores, bajo control de las tropas contrarias. Luego de caminar tres horas y avanzar por un río con el agua hasta la cintura, en pleno invierno, encontró la casa. Lo primero que hizo Savage, de entonces 19 años, fue inspeccionar el lugar, deshabitado, y después comer tres panes de manteca “como un perro”, según sus palabras. En los cajones de la habitación

principal se topó con un pulóver que decidió llevarse consigo -el soldado había perdido peso y estaba hambriento-, junto a unas fotos de los anfitriones ausentes y la promesa de regresar algún día. En 2006 lo hizo pero el dueño del pulóver ya había fallecido.

En una suerte de homenaje y gesto de gratitud, Savage devolvió la prenda a sus hijas. Sharon Middleton, la mujer que tejió el pulóver para su padre, recordó el momento en que el excombatiente argentino le entregó el abrigo que lo salvó de morir congelado: “Michael (Miguel) es un muchacho amoroso. Hay gente que cree que nos vamos a oponer a conocerlos (a los argentinos). Pero yo no soy esa clase de persona. Estaba encantada de conocerlo a él y a su familia, cuando volvió con su mujer y sus hijos. Fue realmente muy lindo y forjamos una fuerte amistad. (...) Michael tenía su historia y fue muy honesto en venir y contar lo que pasó con este pulóver. Estoy agradecida de tener esta pequeña historia”. (Canal Todo Noticias, 2017, 21m19s).

A todo esto se nos presenta un problema añadido: el gobierno de Malvinas no desiste de un acercamiento a escala regional que contemple a los argentinos. El concurso “Por qué me gustaría conocer a mis vecinos de las islas Falkland” fue realizado durante varios años sin tener llamativa presencia en los medios argentinos. Llevado a cabo por quienes gobiernan las islas y las Embajadas del Reino Unido en Brasil, Chile y Uruguay, este concurso convoca a estudiantes universitarios que deseen hacer una experiencia de convivencia con una familia isleña durante una semana. De acuerdo a la web oficial del gobierno del Reino Unido, su objetivo es “promover el intercambio cultural entre las Islas y [estos países] mientras aumentan el conocimiento de los estudiantes sobre [ellas] y su pueblo”. De igual modo aclaran que quien gane debe tener presencia activa en redes sociales para aumentar la difusión y el conocimiento sobre ese territorio (¿Por qué me gustaría conocer a mis vecinos de las Islas Falkland?, 31 de agosto de 2018).

Fue entonces en noviembre de 2019 que Adriano Modarelli, un estudiante argentino de la Universidad del Salvador, se preparaba para visitar las islas dos meses más tarde, luego de ganar el mencionado concurso. Iba a ser alojado por una familia local y podría conocer de primera mano la vida en Malvinas. La curiosidad lo había movido a participar del certamen: “Cuando buscás en Internet fotos de las Islas Malvinas siempre aparecen fotos tristes de la guerra, referencias a 1982. Nunca un paisaje ni algo para decir ‘¡qué lindo lugar!’” (Del Moral, 2019). También cargaba consigo una serie de dudas respecto a la bienvenida, considerando que sería el único argentino del grupo. En cierto modo, se podía esperar recelo de parte de los isleños. Modarelli lo describió como “una barrera a superar”, una oportunidad para conocerse y dialogar. Incluso mencionó que intentaría preguntar a los isleños sobre la

posibilidad de integración al Mercosur. Pese a ser una iniciativa oficial, el tono del certamen emplea términos como “vecinos” y su carácter habilita el intercambio cultural en todas sus expresiones (Modarelli prometió llevar mate, alfajores y dulce de leche). Más allá de las evidentes intenciones propagandísticas del concurso, las expectativas, las impresiones y los propósitos de la experiencia corren por cuenta del participante. Vale recordar que la propuesta representa por sí una transgresión para la posición argentina, ya que el país aparecía al mismo nivel que otros invitados, desconociendo que el archipiélago integra el territorio argentino y, en consecuencia, los derechos soberanos que reclama.

Es un universo de encuentros dominado por la desconfianza y plagado de tensiones. El destino de las primas Georgina Gleadell, argentina, y Lisa Watson, malvinense, es una muestra de la fricción que aún permea estos vínculos. Aunque se trate de una relación familiar, las historias personales y los posicionamientos políticos respecto al conflicto han sido la tónica en muchas historias a uno y otro lado del Atlántico Sur. Gleadell reside en Puerto San Julián, provincia de Santa Cruz, y sus abuelos llegaron desde Malvinas a Río Gallegos en 1914. Watson vive en las islas y es editora del diario Penguin News, el medio más reconocido y consumido por los locales, que tiene una línea editorial abiertamente crítica con Argentina. Las primas cruzaron correos en los 2000 ante la inminente visita de Gleadell al archipiélago y quedaron en verse. Sin embargo, cuando la argentina llegó a Stanley no pudo concretarse el tan ansiado reencuentro familiar. Según ella, “interpreté que el problema fueron los varones de la familia. El padre y el hermano no le permitieron conocerme” (Malvinas y coronavirus: cuando el odio vence a la razón, 2020). De hecho, uno de los hermanos de Lisa Watson — o lo mismo, el primo de Georgina— había sido tristemente célebre por quemar una bandera argentina. Desde el periódico para el cual trabaja, Watson escribiría décadas más tarde un rechazo furioso a la ayuda ofrecida por el gobierno argentino a las islas durante la crisis sanitaria de 2020. Este desencuentro, teñido acaso por cuestiones de sangre, no deja de ilustrar la presión que recubre a estas experiencias. El reto, entonces, parece superar esa presión para avanzar hacia la construcción de lazos permanentes, como sucede actualmente, sea en una actividad deportiva, en un intercambio cultural o incluso en la acción conjunta que ambas partes llevan adelante en temas referidos a las consecuencias de la guerra.

El padre de la coautora del presente trabajo, Alfredo Páez, visitó las islas en febrero de 2018. Fue con un grupo de diez compañeros: “Ahí viví dos sensaciones diferentes: el hecho de estar con mis compañeros y volver a las posiciones y a todos los lugares donde habíamos estado. Y por otro lado, la isla cambió completamente. Pasaron de ser pastores de

ovejas que andaban con botas a lo que es hoy. Tienen tres mil habitantes y un parque automotor de 9 mil. Tienen dos o tres camionetas por casa, tienen cero inseguridad, educación y salud gratuitas”.

Las palabras reflejan el asombro, no de una tierra desconocida, sino de una tierra que ha sufrido transformaciones. Como todo en general, las cosas tienden a mutar. Lo hacen los países, las ciudades, las personas, las sociedades y los conflictos que enfrentan. Esa experiencia primaria, el contacto directo con los isleños de a pie, los obliga a pensar, en no pocos casos, sobre cuestiones prácticas, así como en asuntos mundanos, justamente aquellos que alimentan los imaginarios colectivos y que proyectan expectativas y angustias en cada sociedad. Alfredo Páez considera que el estándar de vida del que disfrutaban los malvinenses “no se transmite acá”, por lo que desea que los chicos argentinos en edad escolar puedan viajar a Malvinas para que “vean y sientan esa realidad, que amen ese lugar, pero que vean cómo vive esa gente, por qué ellos pueden vivir con nuestros recursos naturales y nosotros con una extensión geográfica impresionante vivimos mal”.

De entrada, el regreso a las islas implica un costo sentimental para los excombatientes, no solo por el reencuentro con una tierra a la que viajaron hace casi cuarenta años, sin saber exactamente qué irían a hacer allí, para terminar combatiendo contra uno de los ejércitos más poderosos del mundo. Es que el viaje a Malvinas implica una serie de condiciones difíciles de asimilar para muchos argentinos, entre ellas el citado sellado del pasaporte una vez descender del avión en Mount Pleasant y la prohibición de exhibir banderas argentinas y otros símbolos que den cuenta de la identidad nacional argentina. Excepto contadas ocasiones (Un veterano santiagueño fue detenido por cantar el Himno en Malvinas, 26 de marzo de 2019), el peregrinaje de excombatientes a las islas se sigue produciendo, y lo que comienza como un periplo emotivo, probablemente con deseos reparadores, desde ya personales, termina con el descubrimiento de una porción de tierra que ha continuado su desarrollo y que permite conocer de primera mano a quienes la habitan. No debe pasar desapercibido que, mientras desde el continente las voces más nacionalistas insisten con posturas intransigentes y hasta divisionistas, los excombatientes hayan interpretado su vuelta a Malvinas como una oportunidad para acercar posiciones.

Volvemos sobre esta idea: el odio enraizado. ¿Es acaso este sentimiento el que predomina en las relaciones actuales entre argentinos e isleños? ¿No es este un supuesto del que parten muchos de los discursos circulantes sobre la imposibilidad de tender puentes entre las partes? Como mencionamos en párrafos precedentes, hay una historia humana

compartida a uno y otro lado del océano. El vínculo entre argentinos e isleños no pasa únicamente por las posturas en torno a la soberanía y la disputa territorial.

Encontramos diversos testimonios de la guerra y posteriores al conflicto que exhiben una fluctuación de emociones típica de una relación atravesada por una calamidad semejante, en este caso entre excombatientes argentinos, excombatientes británicos y civiles isleños. Uno de los testimonios que introducimos a continuación refleja asimismo la complejidad del entramado emocional que emerge en un contexto bélico, a través de la palabra de David Morgan, miembro de la Fuerza Aérea Británica y quien combatió en las islas en 1982:

“Hay muchos momentos que me quedan grabados: la pérdida de amigos y la permanente sensación de echar de menos a mi familia, por ejemplo (...) pero hubo dos ocasiones que destacan en mi mente. La primera fue nuestro primer ataque al aeródromo de Puerto Argentino. (...) Mi primera visión del aeródromo, al rodear Mount Loud, está grabada en mi memoria; el fuego antiaéreo era increíblemente feroz, con cañones y misiles disparando por todas partes. (...) El segundo incidente fue el 8 de junio, cuando mi copiloto y yo vimos a Héctor Sánchez y su formación de Skyhawk atacando una de nuestras pequeñas lanchas de desembarco. (...) Ahora estaba decidido a impedir que los A4 se escaparan. Y derribé dos con Sidewinders en rápida sucesión antes de vaciar mis armas contra el tercero. Recuerdo cómo mis emociones de ese momento pasaron de la rabia extrema a la empatía cuando el segundo piloto se eyectó, y luego volvieron a la rabia extrema cuando atacé al siguiente avión. Este enfrentamiento todavía tiene un efecto duradero en mí”. (Campos, 2021).

Este testimonio grafica de modo más acabado el sentimiento de un hombre que ha sido lanzado a la guerra y experimentado en un mismo instante el temor a la muerte, el instinto de supervivencia -en una lógica de aniquilar al enemigo para asegurar la propia vida- y la identificación con la persona que está en el bando contrario: el soldado argentino, Sánchez, es su reverso y probablemente haya compartido con él el cúmulo de sentimientos que lo asaltó en el desenlace. La historia entre Morgan y Sánchez continuó cuando años más tarde fueron presentados y finalmente visitaron en 2019 el avión derribado en la guerra junto al hijo del piloto, fallecido en aquel combate. Consultado sobre el porqué de la necesidad de encontrarse con exsoldados y familiares, Morgan respondió que los militares de todas partes del mundo tienen un vínculo forjado por el fuego del conflicto.

En 2008, Marcelo de Bernardis, excombatiente y maratonista, se convirtió en el primer argentino en correr en la Stanley Marathon, evento deportivo del que participaría en otras oportunidades. A diferencia de un turista que llega a través de un crucero, con la

expectativa de realizar un tour por los principales puntos de atracción, quienes participaron de la guerra se trasladan con otras inquietudes y, en el camino, desvelan un vínculo perdurable con sus habitantes. “La comunidad de isleños es pequeña, unos 2800 habitantes. Esto me permitió generar relaciones interpersonales y crear un voto de confianza con ellos a través del tiempo”, explicó (Baron Santella, 2017).

La guerra ha revelado hasta el paroxismo la fuerza de interpelación colectiva que pueden producir las islas en nuestra sociedad. Visto así, se entiende cabalmente el convencimiento apenas discutido que existe respecto a la pertenencia de las islas a la Nación Argentina. La actual Constitución reformada en 1994 determina que “la recuperación de dichos territorios y el ejercicio pleno de la soberanía, respetando el modo de vida de sus habitantes y conforme a los principios del Derecho Internacional, constituyen un objetivo permanente e irrenunciable del pueblo argentino”. Y ese, justamente, es un consenso para nada despreciable. Es más: conforma un punto de acuerdo entre los argentinos.

Lo relevante, ahora, es qué tipo de acercamiento propiciar en un territorio que no está bajo efectiva administración argentina y donde vive una población con limitados contactos con los habitantes del continente, que además reivindica el derecho a la autodeterminación - esta posibilidad implicaría un quiebre de la unidad territorial de la Argentina y es resultado de una lectura totalmente abstraída de su contexto histórico, por la cual la presencia isleña es resultado directo de la ocupación británica de 1833-. Si bien la ley internacional y la ONU reconocen una disputa entre dos países, la relevancia política que los malvinenses cobraron luego de 1982, funcional a los planes geopolíticos de Londres en el Atlántico Sur y sus dominios de ultramar, y los cambios de perspectiva de los sucesivos gobiernos democráticos argentinos, que descontinuaron los trazos de una estrategia común post bélica hacia el diferendo, han puesto el acento en lo que ocurre puertas adentro del archipiélago. Aunque cueste admitirlo, son parte del asunto. Y la Constitución argentina, como señalamos más arriba, se compromete a respetar los intereses de los habitantes en un ejercicio pleno de la soberanía del Estado argentino sobre las islas. Pero, ¿cómo saber cuáles son esos intereses?

Aquí nace nuestra primera propuesta: es necesario conocer a los isleños. Ningún objetivo que se proponga Argentina (ya sea de derechos humanos, de reclamo soberano, de intercambio comercial, etc.) será posible en la medida en que continúe la táctica del “si no lo miro, no existe”. Y esta afirmación nace de nuestra propia experiencia durante esta escritura, en la cual ambos tesisistas comenzamos a preguntarnos cómo son los isleños. Es decir, qué música escuchan, qué actividades realizan los fines de semana, qué intereses e inquietudes albergan -además de lo que respecta al reclamo territorial-, qué clase de arte o bienes

culturales producen, qué discusiones se dan al interior de su sociedad, qué clase de movimientos políticos se manifiestan, etc. Esta duda no es trivial para nosotros, es la punta de un ovillo que al tirarlo nos reveló un costado que solemos pasar por alto: lo poco que sabemos sobre una comunidad que está a unos escasos 673 km de distancia del continente (menos de lo que separan a Buenos Aires de Córdoba). Son muchas las crónicas post bélicas recopiladas en este trabajo que arrojan algunos datos para develar lo que se esconde detrás de ese manto de neblina y, si bien son necesarias, pocas salen de ciertos lugares comunes como la mención a las tradiciones inglesas (algo a sospechar considerando las corrientes migratorias que vivió ese territorio), el pasar económico de los habitantes o las referencias a los migrantes que viven en las islas en décadas recientes.

Es conveniente destacar, asimismo, que la sociedad malvinense se ha desarrollado en paralelo pero no al margen de la Argentina continental y del área compartida: a lo sumo los isleños han ido corriendo sus propias fronteras y puntos geográficos de referencia, pero siempre alrededor de un mismo área -los vuelos que conectan a las islas con el exterior pasan obligadamente por Punta Arenas, en Chile, y Río Gallegos, en Santa Cruz-. Sus anhelos de desarrollo, y ciertamente el nivel efectivo alcanzado dependen en gran medida de los recursos ictícolas del Atlántico Sur, el turismo y los lazos políticos y comerciales construidos con los países del Mercosur. Y eso incluye a Argentina, aunque en menor grado. Cabe preguntarnos entonces cuánto de su desarrollo se debe a las concesiones y gestos de buena vecindad admitidos por nuestro país, considerando la disparidad de fuerzas entre la potencia ocupante y un Estado como el argentino. Estamos más conectados de lo que tendemos a pensar. No debemos sentirnos desalentados por el discurso antiargentino que profesa la élite política y económica de las islas, con su poder de lobby en Londres y la capacidad de presentar su discurso como el hegemónico dentro del archipiélago, tal lo comprobamos en las crónicas analizadas. Por tanto, debemos admitir la posibilidad de más relatos y perspectivas entre los malvinenses, o al menos otros grises dentro de una postura que desde fuera se exhibe como unívoca. Hemos podido comprobar a lo largo de este ensayo que en todas las épocas han existido diversas posiciones en las islas respecto al vínculo con la Argentina, mucho antes de la guerra y posterior a la misma. Son esos los matices que deseamos rescatar y poner en valor para nuestro propósito.

Como recordó el periodista y diplomático Haroldo Foulkes en relación con Alexander/Alejandro Betts, ciudadano argentino nacido en Malvinas, que pese a su origen acompañó los reclamos de soberanía de la Argentina ante la ONU: “Lo que enaltece estas valientes presentaciones ante la ONU de Alexander Jacob Betts es que en ellas jamás declinó

su condición de nativo, y solamente abogó por el bienestar de la población, a la que juzgó sin futuro fuera de una acción coordinada con la Argentina, tal como también lo había proclamado en su informe la Misión Shackelton, en agosto de 1976” (Betts, 1987, p.12). Coincidimos en que una relación abierta y constructiva entre el continente y las islas resultaría sumamente beneficiosa para la sociedad malvinense, un camino que el Estado argentino debe reconstruir tras la guerra y cuatro décadas de impasse en la resolución de la disputa territorial.

Recordamos que el objetivo de estas líneas y de la remalvinización es hacer volar por los aires aquellos tabúes respecto a las islas. Lo que hemos buscado a lo largo de este ensayo es reconstruir, con las piezas que quedan después de la explosión, nuevos parámetros que nos alejen de los mismos (escasos) resultados que hemos visto desde 1982 a esta parte. De hecho, la cantidad de tópicos a los que hemos aludido habla de la necesidad de remalvinizar el debate público. Y tal como lo hemos dicho previamente, una discusión participativa requiere un conocimiento para la toma de decisiones. Puesto que la Comunicación atraviesa todo el proceso social, permite a su vez un ejercicio activo de la ciudadanía. Por ello postulamos que el derecho a la Comunicación es un derecho habilitante de otros derechos y garantiza la vigencia de los derechos humanos. Una sociedad no es democrática solo por acudir a las urnas periódicamente para elegir a sus representantes. La información cumple un rol clave al ser insumo fundamental para la toma de decisiones. En este sentido es que entendemos la Comunicación como un derecho habilitante, estando el derecho a la información vinculado además con la memoria colectiva, su sostenimiento y las diversas contribuciones que provienen de los distintos puntos de vista propios de una sociedad. Pero el espejo de Malvinas nos obliga a mirarnos a nosotros mismos antes de poner la lupa sobre el archipiélago, y en concreto sobre los malvinenses. Debemos estar preparados para asumir las imágenes que nos devuelve y analizar qué hacemos con ello, de la manera más inteligente y participativa.

## Bibliografía

- Aizen, M. (12 de mayo de 2018). La sorprendente vida en Malvinas, hoy. Clarín. [https://www.clarin.com/viva/sorprendente—vida—malvinas—hoy\\_0\\_Sya98WfCz.html](https://www.clarin.com/viva/sorprendente—vida—malvinas—hoy_0_Sya98WfCz.html)
- Guber, R. (2012) ¿Por qué Malvinas?: de la causa nacional a la guerra absurda. Segunda edición. Buenos Aires. El Fondo de Cultura Económica.
- Palermo, V. (2014). Sal en las heridas: las Malvinas en la cultura argentina contemporánea. Buenos Aires. Sudamericana.
- Prieto Castillo, D. (Marzo de 2004). Comprender la comunicación desde la participación de los niños y las niñas. Daniel Prieto Castillo. <http://prietocastillo.com/textos/1/Comprenderlacomunicaci%C3%B3ndesdelaparticipaci%C3%B3ndelosni%C3%B1osylasni%C3%B1as.pdf>.
- Uranga, W. (2012). Perspectiva comunicacional. Universidad Nacional de Avellaneda. [http://periodismo.undav.edu.ar/asignatura\\_cc/csb06\\_diseno\\_y\\_gestion\\_de\\_politicas\\_e\\_n\\_comunicacion\\_social/material/uranga1.pdf](http://periodismo.undav.edu.ar/asignatura_cc/csb06_diseno_y_gestion_de_politicas_e_n_comunicacion_social/material/uranga1.pdf)
- Cangiano, F. (2017). Malvinas: debatir la guerra, politizar la memoria. Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Ediciones de Socialismo Latinoamericano.
- Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS) AA.VV. (2012). Derechos humanos en Argentina: informe 2012. Buenos Aires. Siglo Veintiuno Editores
- Ansaldi, W. (2012). La memoria y el olvido como cuestión política.
- Niebieskikwiat, N. (2014). Kelpers. Ni ingleses ni argentinos. Ciudad de Buenos Aires. Sudamericana.
- Malbrán, M. (2014). Malvinas 1974. Memorias de una visita. Clacso. Concurso de ensayos. La cuestión Malvinas: a 50 años de la Resolución 2065. <http://biblioteca.clacso.edu.ar/gsd/collect/clacso/index/assoc/D11055.dir/Malvinas.pdf>
- Lorenz, F. (2013). Unas islas demasiado famosas. Malvinas, historia y política. Buenos Aires. Capital Intelectual.
- Lorenz, F. (2014). Todo lo que necesitás saber sobre Malvinas. Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Paidós

- Dinatale, M. (12 de marzo de 2013). Contundente triunfo del sí en el referéndum de las Malvinas. La Nación. <https://www.lanacion.com.ar/politica/contundente—triunfo—del—si—en—el—referendum—de—las—malvinas—nid1562319>
- Dinatale, M. (30 de septiembre de 2015). Con becas de estudio, el Gobierno intenta seducir a los isleños. La Nación. <https://www.lanacion.com.ar/politica/con-becas- de- estudio-el-gobierno-intenta-seducir-a-los-islenos-nid1832355/>
- Niebieskikwiat, N. (9 de junio de 2020). Un avión de la Royal Air Force batió récord:voló desde Malvinas al Reino Unido en 13 horas, y sin escalas. Clarín. [https://www.clarin.com/politica/avion-royal-air-force-batio-record-volo-malvinas-reino-unido-13-horas-escalas\\_0\\_wL-bfYGu8.html](https://www.clarin.com/politica/avion-royal-air-force-batio-record-volo-malvinas-reino-unido-13-horas-escalas_0_wL-bfYGu8.html)
- Del Moral, M. (16 de octubre de 2019). Respondió la pregunta “¿por qué me gustaría conocer a mis vecinos de las Malvinas?”, ganó y fue becado para vivir una semana en las islas. Infobae. <https://www.infobae.com/sociedad/2019/10/16/respondio-la-pregunta-por-que-me-gustaria-conocer-a-mis-vecinos-de-las-malvinas-gano-y-fue-becado-para-vivir-una-semana-en-las-islas/>
- Baron Santella, M. (2017). Marcelo De Bernardis, el primer maratonista argentino que corrió en Malvinas. Punto Convergente. <https://puntoconvergente.uca.edu.ar/marcelo—de—bernardis—el—primer—maratonista—argentino—que—corrio—en—malvinas/>
- Campos, D. (12 de junio de 2021). “No quiero avivar ninguna enemistad”. Revista Ñ, Volumen desconocido, página 10.
- Lorenz, F. (23 de diciembre de 2019). ¿Alguna vez estuviste en la guerra? Socompa. <http://socompa.info/cultural/alguna-vez-estuviste-en-la-guerra/>
- Betts, A. (1987). La verdad sobre las Malvinas. Mi tierra natal. Buenos Aires. Emecé Editores.